

H.P. Lovecraft: LOS UMBRALES DEL HORROR

Autores contemporáneos "pletóricos de fama y fortuna, como Stephen King, se han referido a él como "el príncipe oscuro y barroco de la historia del horror del siglo XX" en clara alusión a su indiscutible jerarquía", afirma el ensayista y narrador Gustavo Ramos, en este breve pero contundente artículo acerca de las partes medulares de la obra de Howard Phillips Lovecraft.

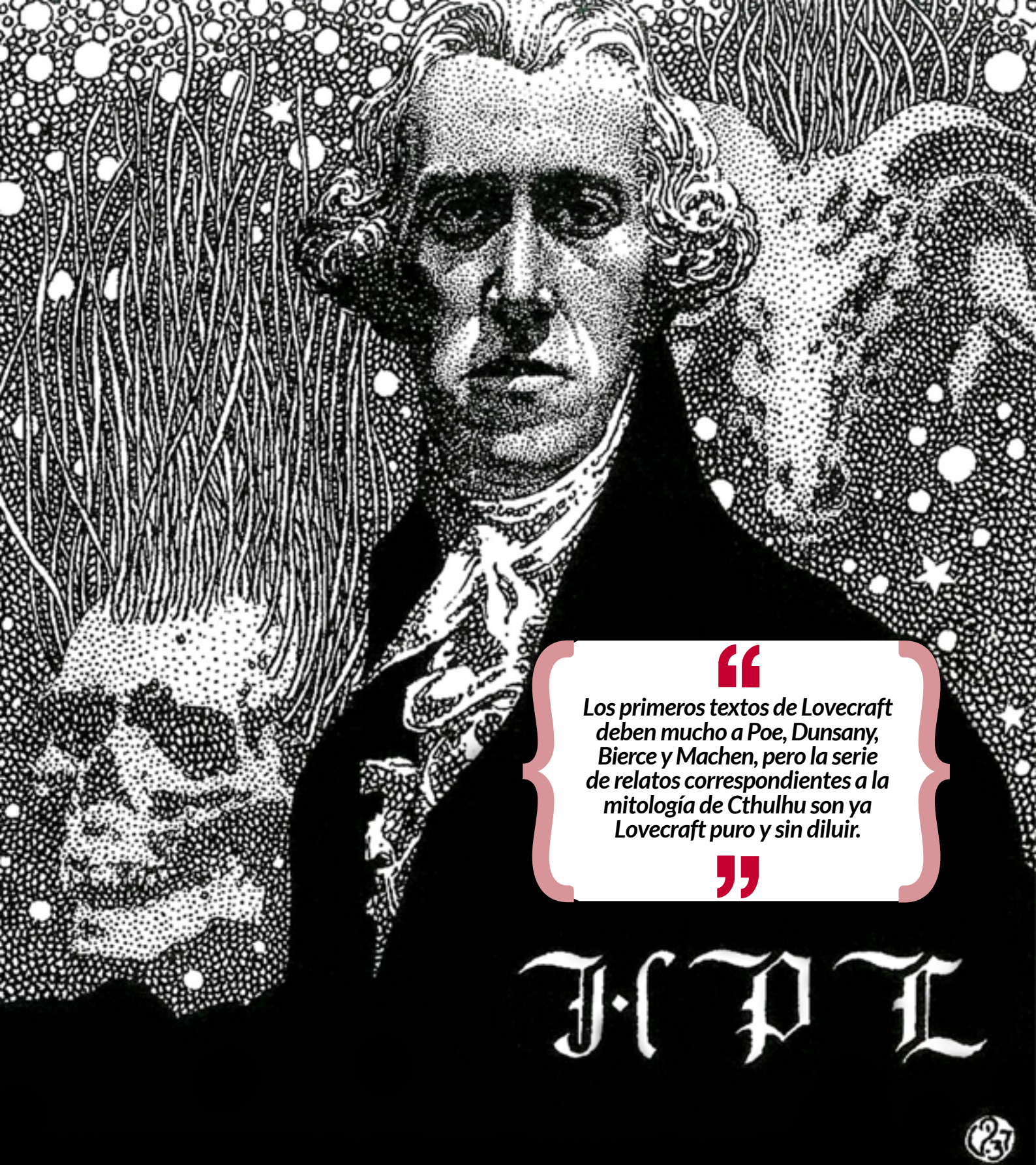
"¿Qué hace de Lovecraft el venerado autor de culto que es?", son algunas preguntas sobre las que reflexiona Ramos, a las que, por si fuera poco, arroja algunas sentencias que desacralizan al estadounidense.

Gustavo Ramos

Howard Phillips Lovecraft (1890-1937), mejor conocido como H.P. Lovecraft, puede ser considerado con toda justicia como el creador y desarrollador de lo que podríamos llamar "horror moderno". Hoy, con numerosos exponentes de tal género cuya producción (al margen de la calidad) disfruta del amplio e irrestricto poder de la industria del cine, es fácil olvidar (o peor aún, desconocer) a este tímido y oscuro escritor de Nueva Inglaterra. Sin embargo, algunos de esos autores contemporáneos pletóricos de fama y fortuna, como Stephen King, se han referido a él como "*el príncipe oscuro y barroco de la historia del horror del siglo XX*" en clara alusión a su indiscutible jerarquía.

¿Qué hace de Lovecraft el venerado autor de culto que es? Aventurar una respuesta no es fácil, pero una cosa es segura: *en ella no se incluiría la calidad literaria*. Y es que en sentido estricto la obra lovecraftiana ofrece escaso talento literario: el estilo, si bien intenso, es bastante plano y con fuertes reminiscencias del gótico que trataba de abandonar, las estructuras son





“
Los primeros textos de Lovecraft
deben mucho a Poe, Dunsany,
Bierce y Machen, pero la serie
de relatos correspondientes a la
mitología de Cthulhu son ya
Lovecraft puro y sin diluir.
”

Retrato de H.P. Lovecraft, ilustrado por Virgil Finlay, s/l.



“Lovecraft es heredero directo del horror onírico que, tanto Poe como Lord Dunsany y (en algunos cuentos) Ambrose Bierce, habían ya establecido.”



Ilustración de Virgil Finlay sobre tema lovecraftiano.

siempre redundantes, el lenguaje suena con frecuencia engolado y es común la narración en retrospectiva... en otras palabras, parecen no existir elementos que justifiquen, al menos en lo literario, el valor o la vigencia del corpus lovecraftiano. Entonces, una vez más ¿qué hace de Lovecraft un autor tan atractivo para quienes gustan del género de horror?

Una de las respuestas viene de su posición como heredero directo del horror onírico que, tanto Poe como Lord Dunsany y (en algunos cuentos) Ambrose Bierce, habían ya establecido. Otra es el hecho de que poseía una visión personal muy clara de lo que el horror debía ser. El ensayo *Supernatural Horror in Literature*, incluido en el volumen de *Dagon* (1917) es un desarrollo conciso de esta visión lovecraftiana del horror y toda la obra que surgió de su pluma trató de adherirse a ella, incluso en las ocasiones en que trabajó como —irónica denominación— *ghost writer*. Ello no pudo sino dar lugar a una obra que, pese a todo lo que se quiera objetar, es de una sorprendente *consistencia*.

Esta consistencia es la que llevó a la creación del llamado *Círculo de Lovecraft*, integrado por varios escritores contemporáneos del retraído autor de Providence y de los cuales correspondió a August Derleth el papel de albacea literaria de aquél.

El párrafo anterior, con todo, no parece responder la cuestión sobre el atractivo de las creaciones de Lovecraft. El horror gótico de fantasmas y cadenas estaba superado desde fines del siglo XVIII y las formas literarias concebidas sobre la variante del horror *interno*, valga decir psicológico, eran apenas incipientes y parecían carecer de la potencia emocional que el lector medio requiere. Así, la solución partió de un nuevo enfoque del horror *externo*, pero alejándolo de la fantasmagoría judeocristiana y dotándolo de un carácter numinoso, tan difuso como pagano, todo ello articulado mediante calculadas dosis de ciencia, especulación y hasta ficción periodística. Los primeros textos deben mucho, como se ha comentado, a Poe, Dunsany, Bierce y Machen, pero la serie de relatos correspondientes a la mitología de Cthulhu son ya Lovecraft puro y sin diluir.

Como otras tantas mitologías de éxito, digamos la historia de la Tierra Media, de Tolkien, en su conjunto, los *Mitos de Cthulhu* son, antes que nada, *concepciones épicas* en términos de *tiempo y espacio* (Tolkien abarca poco más de 37,000 años, pero los *Mitos* se extienden muchísimo más en ambas direcciones de la recta temporal) y también en términos de *contenido*: son en esencia *histo-*

.....

El corpus lovecraftiano padece debilidades formales que ni el aguerrido esfuerzo de los miembros del *Círculo* —algunos de los cuales eran mejores escritores que el mismo Lovecraft— pudo subsanar, quizá por un excesivo respeto a la creación original. GUSTAVO RAMOS

.....

rias de combate/enfrentamiento y, como tales, propias para generar gran tensión y drama. Algo que, extrañamente, el cine ha sido hasta el momento incapaz de aprovechar con mediana eficacia.

Concedamos pues que el corpus lovecraftiano padece debilidades formales que ni el aguerrido esfuerzo de los miembros del *Círculo* —algunos de los cuales eran mejores escritores que el mismo Lovecraft— pudo subsanar, quizá por un excesivo respeto a la creación original. Pero no es el caso del contenido propiamente dicho de los *Mitos*. Es muy probable que los *Mitos de Cthulhu* sean una de las “no-obras-maestras-de-la-literatura” más estudiadas y analizadas, sobre todo por las posibilidades y variantes de interpretación que ofrece.

En este sentido, mucho de la hermenéutica realizada sobre los *Mitos* se apoya en el conocimiento que se tiene sobre la personalidad, compleja y fascinante, del autor. En efecto, los trece títulos firmados por Lovecraft y que, stricto sensu, podrían adscribirse a los *Mitos*, contienen evidentes muestras de la psicología de su autor: La obsesión por las antigüedades y el pasado mítico (como Charles Dexter Ward), la xenofobia y el horror ante lo impuro (en casi todos los relatos existe la figura de un personaje menor, y a veces no tanto, que suele ser un “mestizo” —usualmente de raza negra, latina o asiática, es decir, no caucásica— y que por lo general es descrito en términos bastante peyorativos), la angustia de un entorno que, con relación al pasado, siempre estará disminuido y será decadente y otras obsesiones tan claramente definidas como perceptibles por cualquier lector atento.

Mencioné la consistencia como una de las características más destacables de la obra lovecraftiana, y pienso que en buena medida aquélla obedece al usual

empleo del relato testimonial o de crónica con el que suelen desarrollarse los textos de los *Mitos* y, dentro de este aspecto, las referencias a una amplia y asombrosa

bibliografía semifantástica cobran especial relevancia. Tanto Lovecraft como sus seguidores no dudaron en crear como soporte para sus historias un conjunto de títulos ficticios de “saber arcano y prohibido” que hábilmente entremezclaron con otros, éstos sí reales, obteniendo con ello una inquietante verosimilitud que ha llevado, se dice, a algunos incautos lectores a darlos por verídicos y buscarlos afanosamente en librerías y bibliotecas.

Y ésta, es quizá la razón del éxito lovecraftiano: la velada y desazonadora posibilidad de que los *Mitos* sean algo más que eso. No en el sentido literal de la historia que contienen sino en el más amplio, ese que incluye las búsquedas de lo prohibido e inefable que

han subyugado desde siempre a la humanidad. Introducirse al universo de los *Mitos de Cthulhu* es adentrarse en todas las posibilidades del horror, cósmico y mundano. Es traspasar el umbral que separa el adocenamiento de lo cotidiano del insondable abismo de lo desconocido, de aquello que no se percibe pero que puede estar ahí... aguardando. ●

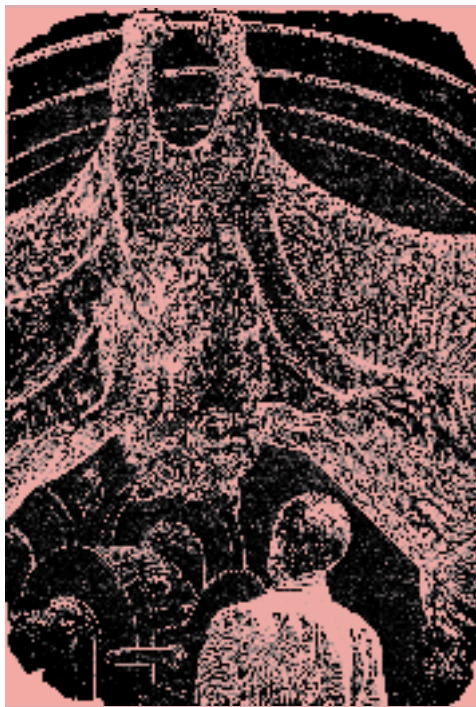


Ilustración de Virgil Finlay sobre tema lovecraftiano.

Gustavo Ramos (1961) es autor de *In extremis y más allá* (Casa de la Cultura de Campeche 1990), y coautor de *Los frutos de la voz; ensayos sobre la obra de Carlos Pellicer* (Fondo Editorial Tierra Adentro / Conaculta, México 1997). Está antologado en *Padre y madre* (selecc. de Dante Medina, Ayuntamiento de Guadalajara, 2012).

ESCENARIOS DEL HORROR **PSÍQUICO,** —DOS VIÑETAS

Miguel Ángel Quemain hace un recuento que lo mismo puede ser vivencial o imaginario, según juzgue el lector, de tres tipos de personas: dos mujeres, pacientes psiquiátricas, y el psicoterapeuta que nos pinta estas dos viñetas donde la vida se ensaña macabramente con los personajes, afectando a quienes le rodean, pero desembocando con el especialista que sólo tiene dos opciones: dar seguimiento a los problemas de sus pacientes en pos de una posible cura, o renunciar. En ningún caso el emisor de estas aparentes vivencias puede quedar exonerado.

Miguel Ángel Quemain

“Resulta difícil concebir la noción de perversión si no es por referencia a una norma. Muchos autores que admiten una pluralidad de instintos se ven inducidos, por consiguiente, a otorgar al concepto de perversión una gran extensión y a multiplicar sus formas: perversiones del «sentido moral» (delincuencia), de los «instintos sociales» (proxenetismo), del instinto de nutrición (bulimia, dipsomanía). En el mismo orden de ideas, es corriente hablar de perversiones, o más bien de perversidad, para calificar el carácter y el comportamiento de ciertos sujetos que indica una crueldad o malignidad especiales.”

Laplanche y Pontalis, en el *Diccionario de Psicoanálisis*.

1

El psicoanálisis es un espacio privilegiado de contacto e intercambio íntimo con personas con quienes nunca habrá la posibilidad de cotejar sus dichos, conjeturas y aficciones. Es la realidad psíquica lo único que hay de por medio entre el consultante y el analista. Sin embargo, en ocasiones se construye un mundo al que resulta difícil asignarle un nombre, un claro espacio simbólico.

Son relaciones que provocan una sensación de horror diverso entendido como un horizonte de parálisis y de extrañeza frente a estructuras que parecen irremediables, inmodificables, invasivas, desestructurantes, ambivalentes y que por momentos nos hacen sentir parte de la escena, a veces como cómplice, otras como un testigo, otras con una demanda absoluta de enjuiciar la escena.

Les cuento:

Llega a consulta una mujer de 41 años acosada por una enorme frustración que la condujo a destruir definitivamente lo que quedaba entre ella y su pareja de 20 años atrás. Había planificado día a día casi desde el inicio



Hay algo invasivo en su demanda, no es saber lo que más quiere sino introducirse en una transferencia extraña, narcisista y maligna.

Joel Alcázar: *Estallidos en las calles, el método contorsionista las emociones (cotidiana)*; óleo, estencil/madera perforada por bala calibre 22; 110 x 140 cm., 2011. 

de su relación, aunque reconoce que año tras años los escenarios cambiaban y el plan del año anterior se modificaba drásticamente hasta enloquecerla. Su madre le ayudó con paciencia y complicidad a concebir un nuevo plan todas las veces que los ulteriores se vinieron abajo por consideraciones que siempre salían de su control.

Su pareja, flanqueado fundamentalmente por su madre y su hija, no le permitía el control absoluto de la escena a pesar de la docilidad, “¿lejanía?”, “¿indiferencia?” de él frente a varias situaciones que ella proponía, desde ampliar su vivienda, proponer un negocio, comprar una nueva propiedad. A todo le decía que sí, sin embargo siempre había un elemento

que impedía que el plan se realizara absolutamente por algún elemento que lo posponía.

En los últimos 4 años, contra sus ideales expresados ampliamente frente a la comunidad de sus amigos, decidió poner la maternidad como uno de los ejes proliferantes de la acción, embarazarse, tener un hijo y a través de él conducir los destinos de la tribu. Nunca imaginó que se convirtiera en una tarea imposible, al grado de ocasionarle un cáncer que la llevaría a perder el centro de operación de sus acciones, el útero y un ovario que ya no le servía para nada.

Poco antes de que le extirparan “su feminidad”, decía, había elaborado todos los planes posibles para embarazarse pues dudaba con mucha certeza de la

« **Llega al consultorio una mujer visiblemente afectada. Me dice que quiere parar de lastimar a su bebé.** »

fecundidad de su pareja: participó en juegos sexuales con un hombre, con dos, se dio su tiempo para explorar con más participantes, en juegos organizados con la puntualidad de la agenda. Propuso incluso que el semen de su cuñado la preñara, pues tenía un tino admirable como lo avalaba el pequeño equipo de siete muchachos que había concebido casi al hilo con dos mujeres distintas. Dos de esos hijos prácticamente habían nacido el mismo día y a la misma hora, lo que hablaba de las hazañas del cuñado que parecía capaz de modificar el azar.

Cuando le extirparon su “matriz” ella empezó a tener una relación áspera y de choque con las cosas, con los objetos que la rodeaban. Buscó en relaciones sexuales de todo tipo negar que ese nuevo hueco en su organismo se expandía como un cáncer al interior de la conciencia. Sobre todo cuando su pareja se negó a ser castigado por ese fracaso que pensó que no le correspondía sólo a él y repartió la pena que los asolaba entre los dos. Sin embargo la relación había llegado a su fin y era tiempo de repartir lo construido.

Ella fingió aquiescencia y aceptó partir de una casa que no era la suya a pesar de que había dedicado un tiempo enorme al diseño de cada hueco, de cada esquina, y que deseaba que una vez muerta la propietaria actual, pasara a formar parte de su patrimonio y extender a su familia ese dominio que ya disfrutaba, aposentada bajo la forma de diarias visitas, o casi diarias, en ese territorio que pensó le correspondería al morir la dueña.

Cuando se dio cuenta que no sería así y que su pareja perdida le propondría resarcirla con dinero, un odio disimulado se apoderó de ella y un día acudió a una cita fatal y desprendió de su lugar ventanas, puertas, todo lo hizo como si dismantelara el interior de los seres que pensó querían robarle eso para lo que había luchado inútilmente 20 años. Así que procedió a la destrucción, se llevó todo lo que tuvo a su alcance, todo lo reconoció como suyo y lo arrancó, hasta una desleída taza de baño donde se había sentado tantas veces a tratar de liberar inútilmente su intestino desobediente y traidor que se negaba a expulsar de su cuerpo todo eso que ya no le servía y que le hacía hedionda esa boca como si lo fecal estuviera a punto de encontrar otra vía.

Así como durante su vida de pareja encontró varios

hombres para convivir con ella, ahora tenía uno que contribuyó a azuzar su enojo, su odio, su destructividad. Ahora ese hombre la había despojado de lo que ella robó.

Compraron juntos un terreno, se casaron y a su nueva casa llevó esos muebles que arrancó de su viejo mundo. En una maniobra traidora, él puso todo a la venta para saldar unas deudas que de otro modo hubiera pagado con su vida. Se desapareció y dejó atrás un páramo inevitable para ella.

Por eso ahora, está atónita frente a mí, en este proceso previo de entrevistas que no continuaré. No la tomaré como paciente. Trata de seducirme, quiere conversar de “algo más” que me interese. Tiene una historia contradictoria sobre sí misma, la dice y se desdice. Hay algo invasivo en su demanda, no es saber lo que más quiere sino introducirse en una transferencia extraña, narcisista y maligna. Quiere que me apiade y que mi manera de hacerlo le permita despojarme de algo que intuyo y no sé muy bien qué es. Tengo miedo, no me atrae en absoluto, es una mujer de la que no me enamoraría, pero siento deseo de ayudarla. Descubro que es el dar lo que su transferencia facilita. Un dar que también me vacía, que me deja sin sombra, aterrado.

2

Llega al consultorio una mujer visiblemente afectada. Me dice que quiere parar de lastimar a su bebé. Provoca instantáneamente un sentimiento de piedad. Pienso en que quiero ayudarla hasta que me aclara que pronto la gente del DIF hará una visita y no quiere que los funcionarios se den cuenta de su maldad.

Ella inició con su esposo un proceso de adopción, que la morosidad administrativa y la falta de fluidez en los procesos legales, retrasó por lo menos tres años (~~Uno, dos, tres años~~ de espera, hasta que el matrimonio empezó a “hacer agua”. Sin embargo, el proceso de adopción llegó a término y debieron recoger escépticos al bebé y llevarlo a su casa en el momento en que más lejanos estaban entre sí, ~~e incluso el marido~~, con la decisión tomada de irse a vivir con sus padres.

Él falta algunas noches y ella se queda rumiando su soledad con gran odio y resentimiento. Tiene al bebé pero no sabe cómo usarlo para que el hombre vuelva. Lo que él propone es quedarse con el niño y dejarla fuera por completo. Mientras ella hace de las suyas: esto es, maltrata al pequeño, lo pone a esperar la comida hambriento y le da una leche extremadamente caliente que lo quema; le da picante, le irrita sus genitales con sus dedos impregnados de chile; lo sumerge en la tina totalmente: dice que son “bucitos”, cuando el niño llora, lo ahoga y “se corta el llanto”.

Algo caliente crece en mi interior frente a esa mujer de negro que me relata su crueldad con un vestido muy corto, negro, que deja ver la ausencia de ropa interior y una mata negra al fondo de su falda cada vez



Joel Alcázar: *Descanso para dictador*, óleo/madera, 80 x 120 cm., 2010. ◀

◀◀ **Algo caliente crece en mi interior frente a esa mujer de negro que me relata su crueldad con un vestido muy corto, negro, que deja ver la ausencia de ropa interior y una mata negra al fondo de su falda...** ▶▶

que cruza insistente las piernas venosas con cicatrices, toscas y con una apariencia de percutidas que terminan en unos pies callosos y unas uñas deformes que presiden, en ambas extremidades, unos dedos medio enormes, mucho más largos que el resto, con unas las uñas pintadas pero que no ocultan su deformidad.

Sólo pienso en que se vaya. Se activa en mí un odio cuya fuente no identifico. Algo turbulento se agita en mí, algo se violenta y no puedo hacer nada. Nada más le pido que llame a un teléfono que designa un psiquiátrico bastante bondadoso en el que algunos analistas nos apoyamos cuando percibimos ese malestar sin remedio que acosa a algunos visitantes del consultorio. Le digo que no la puedo ayudar, que no alcanzo a entender todo lo que me dice pero que seguro harán algo por ella. Medito sobre la fecundidad y la adopción, sus paradojas. Me invade un sentimiento de impotencia y maltrato, durante noventa minutos fui ese niño que trató de respirar bajo el agua jabo-

nosa de la tina, de quien su lengua ardió impotente frente al calor de una leche enemiga que pelea con mi hambre y que me enloquece de ardor.

Ignoro el destino de ambas. En cada una seguro que un largo silencio las habita con incertidumbre y un dolor cuya fuente no alcanzo a descifrar. ○

Miguel Ángel Quemain es periodista cultural, ensayista y editor, colaborador de diversas publicaciones extranjeras como *El papel literario* de Venezuela, *ABC* de España, y nacionales como *La Jornada*, *Milenio* y *Nexos*, entre otros. Ha sido becario del INBA, CONACULTA y diversos países europeos para proyectos de ensayo e investigación literaria. Entre sus libros destacan *Lo femenino, Literatura y creación* (Ediciones Sin Nombre, México 2009) y *Pierre bourdieu, el intelectual polivalente* (Ediciones Sin Nombre, México 2009).